

## CINCO AÑOS DE JULIAN MARIAS

José Manuel Morán

A D. Julián Marías se le ha reconocido, de siempre, ser el discípulo más preclaro de D. José Ortega y Gasset, así como su más riguroso exegeta. La brillantez de sus primeros pasos intelectuales, su honestidad profesional y su actitud de despego respecto al régimen anterior, aun a costa de no poder ejercer su vocación de profesor en la Universidad oficial, elevaron esa primera estimación de alumno aventajado y prometedor a la valoración, casi unánime, de que Marías era uno de los pocos intelectuales de cierta talla con que contaba el país. Tal reconocimiento generalizado no le ensoberbeció hasta el punto de intentar suplir al maestro —lo que hubiera sido imposible y grotesco— ni le envaneció lo suficiente para que abandonase un tono de sobriedad y mesura que le honraba y que contrastaba con la charlatanería superficial de más de un colega que, con menos méritos y capacidad, se prodigaba profusamente.

Esta discreta postura de D. Julián no le impidió, no obstante y para bien de la cultura española, opinar sobre lo humano y lo divino, lo serio y lo festivo, lo técnico y lo artístico, lo individual y lo social, tal como ya lo hiciese en su día Ortega en tantos y tantos escritos. Estas opiniones han aparecido, pues, con regularidad en la prensa y en las tribunas y han sido el acompañamiento vulgarizador de una

producción bibliográfica que no puede considerarse exigua. Sin embargo, nunca Marías se había atrevido a traspasar la frontera que separa la reflexión reposada que sobre el entorno cotidiano a todo intelectual se le exige de aquél otro terreno, en extremo resbaladizo, desde el que algunos pensadores se invisten de una autoridad moral desmesurada e inapropiada, pontifican sobre el devenir histórico y aconsejan paternalmente a sus conciudadanos sobre cómo deben comportarse. Nunca, claro está, hasta que con la muerte del dictador algunos buscaron en el hasta entonces aislado profesor una voz autorizada que sumar a las de los voceros a sueldo para explicar el confuso proceso político de lo que, eufemísticamente, vino a llamarse la transición.

Es entonces cuando Marías empezó a dejar de ser el Marías que todos hemos respetado en su momento y comenzó su transformación hacia el escritor politizado que, de no conocer su trayectoria vital, bien pudiera pensarse que repetía consigna —o las adcentaba ideológicamente— por mor de algún beneficio personal. En esta nueva faceta, D. Julián ha esparcido a los cuatro vientos explicaciones en exceso simplificadoras, ha prodigado valoraciones tan sesgadas que rozaban la adulación innecesaria y ha hecho excursiones a parajes intelectuales nunca frecuentados por él con el riesgo evidente de hablar desde su inculificación en esas materias. En definitiva, no ha escrito sobre lo que pasaba, sino que ha creído que pasaba lo que escribía.

Con la conclusión del libro que se va a comentar seguidamente, confiamos que no sólo cierre la serie que iniciase con *La España real*, sino que tam-

bién nos devuelva al Marías de siempre, muy alejado de éste que a nadie convence por más que a algunos les sirva. Sus últimas palabras no son las voces que hoy se escuchan en la España real y sí las alambicadas interpretaciones que se entrecruzan en los cenáculos del *establishment* madrileño.

*Cinco años de Julián Marías.*

Desde esa confianza en recobrar al intelectual, hemos leído un *Cinco años de España* (\*) que es un conjunto esmerado de algunas de las interpretaciones politizadas a que se ha hecho alusión. Interpretaciones que se refieren a la reforma política, al acceso de nuestro país a Europa, a la vida de los partidos, al desencanto, a la Constitución, a la guerra civil y a un sinfín más de temas sustancialmente sugerentes, pero superficialmente abordados y sustanciados. Este libro del ilustre académico, colofón según reza el subtítulo de *La España real*, es esencialmente un libro optimista, aunque no se justifique con hechos, cifras y esperanzas viables el optimismo que se pretende infundir. Y es en este carácter afirmativo —más que positivo— sin fundamento, donde radica la endeblez de un texto escrito con la galanura a que nos tiene acostumbrados D. Julián, pero alejado en demasía de la realidad. Retomando la célebre frase de Ortega ante la realidad republicana e imbuido de una fe de carbonero, Marías nos parece decir, desde estas páginas, *¡Es esto, es esto!*

Esta visión rosácea del acontecer nacional, que se inicia con un trabajo sobre nuestro paisaje, donde se han aunado los tópicos del *erotismo* de los horizontes andalu-

ces con la belleza de los pantanos (sí, han leído bien, los pantanos) visionados ahora como hermosos lagos artificiales, tan pronto ensalza el verdecer de los páramos, como equipara nuestros problemas a los de los países desarrollados de Occidente. En medio de tanta euforia quedarán sugestivas interpretaciones, apreciaciones discutibles, comentarios elogiados y tesis que deben rechazarse de inmediato.

Así, resulta sugestiva otra vez la interpretación de que España es «transeuropea» y que puede enriquecer a la «intraeuropa» con su incorporación y la del mundo hispánico con quien está indisolublemente engarzada. Rigurosa y cuidada resulta la reflexión sobre el dilema *español* o *castellano* para denominar a nuestro idioma y con cuyas conclusiones, por lo sensatas e implícitamente sustentadas históricamente, es difícil no coincidir, a no ser desde posiciones sectarias o frívolas. Admisible es el ensalzamiento que hace del pensamiento español, aunque resulte un poco fuerte leer el nombre de Rosa Chacel junto al de D. Antonio Machado para justificar esas glorias. De agradecer es, por el contrario, que recuerde los sufrimientos y calamidades de los vencidos tras la guerra civil, y digno de encomio es que testifique de un valeroso pueblo que nunca se dejó envilecer. Ahora, cuando la democracia y la libertad parece que hubiera que agradecerla a cuatro jóvenes, con «visión de Estado» eso sí, conviene recordar tanto pesar, tanto dolor y tanta represión, en un acto de justicia que, sin romper el clima de reconciliación que a todos nos obliga, reivindique la memoria y el coraje de los que nos precedieron en la defensa de nuestra dignidad colectiva.

Acertada es, por último, y más en medio de tanta beatería constitucional, la observación de que el vigente texto constitucional tiene su principal bondad en su existencia y no en su contenido ni en su forma, lo cual permite el distanciamiento preciso para recordar siempre que la Constitución debe estar al servicio de los hombres y no al revés, como si fuese un texto sagrado e irrefutable.

Pero no todo es ligeramente discutible, admisible o elogiable en esta colección de artículos. Entre ellos hay temas que conviene contestar, pues ni se ajustan a la realidad, ni son enunciados o leídos tan desinteresadamente como la prosa cuidada de Marías permite camuflar. Hay temas que, por su trascendencia, merecen un comentario particular, como son los relativos a la reforma política, las causas de la guerra civil, el desencanto y los problemas españoles que nos aquejan.

### *La reforma política.*

De la reforma política, dice el autor, que acabó con el régimen anterior en su totalidad, dando paso seguidamente a algo nuevo y casi, podría decirse, inesperado. Esta reforma, contrapunto, según él, de una ruptura democrática que pretendiese empezar *de cero*, es descrita como una operación plena de inteligencia política, generosidad de miras, adecuada en sus fines y pausada en sus modos, y que se ha hecho, paso a paso, desde la «liberalización» a la «democratización». El ex-senador real parece olvidar que la Ley para la Reforma Política fue la última Ley Fundamental del franquismo y no ha meditado, o no ha querido meditar en voz alta, sobre el alcance continuista de

la disposición derogatoria incluida en el vigente texto constitucional.

En ocasiones anteriores he escrito, con mis compañeros de *Reflexiones Socialistas*, que «el continuismo inicial, tras la muerte de Franco, no menguó lo más mínimo el poder económico y social de las clases dominantes, ni renovó, sustancialmente, a una clase dirigente que lo único que tuvo que hacer para adaptarse fue aprender, apresuradamente, ciertos modales democráticos (...) instrumentándose una confusa transición que no ha sido, a la postre, otra cosa que una hábil reforma desde dentro». Reforma que ya fuese entrevista por el equipo de Jorge de Esteban cuando redactase un renombrado dictamen (*Desarrollo político y constitución española*) allá por 1973, y que tras ser presentado en altas instancias, fue difundido como libro, hoy tan sorprendentemente olvidado como difícil de encontrar.

Así, a pesar de que en el plano de las estructuras jurídico-políticas se haya alcanzado un resultado final parecido al propugnado por la izquierda, y aunque para ello se haya tenido que violentar, ciertamente, el ordenamiento anterior yendo más allá de lo que Esteban y sus mentores se atrevieron a sugerir (vivía todavía D. Luis Carrero Blanco, no se olvide) siento discrepar de que el régimen anterior haya desaparecido en su totalidad. Cuarenta años de historia son difíciles de borrar y los hábitos o vicios de esos años perviven tanto más cuanto más perenne sea la estructura socio-económica en que se asentaba. Y esa base sigue donde estuvo siempre y sus dueños han perdido el miedo inicial que les inquietó momentáneamente, pues ya saben lo que dan de sí las tribu-

nas parlamentarias y se regocijan de ver cómo los partidos de la izquierda destiñen sus programas, moderan sus propuestas y se aprestan a darles explicaciones de sus comedidas actuaciones.

### *La guerra civil.*

Pero si interesada pudiera parecer esa alabanza de la reforma suarista, adecuada convenientemente con el consenso de otras fuerzas políticas, incomprensible resulta que el último editorialista del *ABC* republicano simplifique las causas de la guerra civil hasta culpar a los extremistas de uno y otro bando como responsables de la tragedia que arrastró a todos. Olvidar las circunstancias internacionales, la intervención de los fascismos extranjeros, la inhibición suicida, como se vio más tarde, de los regímenes parlamentarios, las condiciones socio-económicas y, fundamentalmente, la intransigencia de los poderes tradicionales ante el intento de modernizar la vida española que representó la República, es olvidar las verdaderas causas del conflicto, además de contribuir a juzgar con igual rigor a los que se alzaron contra la legalidad y a los que, con espíritu ciudadano, se aprestaron, con riesgo de vidas y haciendas, a defender esa legalidad.

Puede ser que a D. José Prat le valgan explicaciones tan esquemáticas y maniqueas, pero es lamentable que el autor se acerque a las tesis de un Serrano Súñer cuando afirma que el exceso de politización y el ocio cerril entre compatriotas fue el caldo de cultivo que aprovecharon los ultras de la derecha y la izquierda para sus objetivos. Los que no vivimos aquellos dramáticos momentos, aún con muchos datos y vivencias,

por supuesto, no podemos por menos de discrepar de tanta banalidad, pues si nuestros antepasados se politizaron y enfrentaron fue porque los dueños del país pusieron todo tipo de obstáculos para que España asumiera su modernidad. La crisis económica —la mala suerte que señala Marías— y las circunstancias sociales e internacionales coadyuvaron a los propósitos de aquéllos que no tuvieron reparo en organizar un levantamiento militar para defender sus seculares intereses. Los extremistas fueron la comparsa del drama, pero nunca ni sus guionistas ni los que protagonizaron la tragedia de un pueblo que perdió la vida de millares de sus miembros y la libertad de todos ellos.

### *Los problemas españoles: ¿es ésto, es ésto?*

Por último, Marías aborda la situación actual de nuestra vida colectiva. Señala acertadamente cuál es la crisis de los partidos al denunciar su carencia de programas —sustituídos por los «catálogos de deseos»— su debilidad orgánica y su dependencia del electorado para ser alguien en la política española. Pero si acertado es ese diagnóstico errado resulta que se congratule de la falta de interés por la política que, a nuestro juicio, amenaza con dar al traste a todo el sistema vaciándole de contenido. Es difícil no estar de acuerdo con la frase de Ortega que trae a colación («la política es un orden instrumental y adjetivo de la vida», orientado a que «la vida personal logre su más fácil expansión»), pero una cosa es poner a la política en un sitio y otra que la mayoría de la ciudadanía la considere ajena e independiente de su vida cotidiana.

El desencanto, el desinterés y la indiferencia no son fruto de campañas insidiosas para que triunfen aquellas ideologías con seguidores más activos e incondicionales, sino el fruto lógico de una democracia que no aborda con rigor y coraje los males seculares de la Patria. Si los autores del 98 resultan vivos y actuales es porque muchos de aquellos males que ellos denunciaron siguen latentes e irresueltos, ya que España sigue sin modernizar en profundidad su vida colectiva. Las tensiones que el desajuste con la realidad social y económica produce esa falta de modernidad, unidas a las sacudidas que la crisis internacional nos proporciona, justifican sobradamente que para muchos españoles las cosas no hayan cambiado, aunque ahora tengan más libertad de expresión para decir que siguen sin participar en la gobernación del país. Ciertamente, la mera existencia de la democracia es un bien, pero no se verá como tal esa nueva estructura política si no se usa para solventar los graves problemas que nos acucian.

Marías se conforma, a lo largo de estas páginas que se comentan, con que a los problemas que antes teníamos, hemos restado el de la democratización del juego político, que la dictadura anterior impedía. Otros, a la vista de cómo crece el número de parados, de cómo desciende la competitividad internacional de nuestra economía, de lo raquíptica que es la militancia sindical, de lo provinciana y poco preparada que se muestra nuestra clase política y, en fin, cuando se escucha lo que se dice en la calle y se observa cómo nuestros conciudadanos se desentienden de las escaramuzas políticas de salón que ofrece la vida oficial, no podrán por menos que argumen-

tar ante el ¡Es ésto, es ésto!, que proclama implícitamente D. Julián, que la democracia debe ser *algo más que esto* si se quiere que la España real coincida con la España oficial, y el país empiece a estar en manos de todos los españoles.

(\*) Julián Marías. *Cinco años de España (conclusión de la España real)*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1981.

## ¿TAL COMO ERAMOS?

Juan Antonio  
Matesanz

En este mes de febrero se cumplen 26 años de unos acontecimientos que ejercieron un decisivo influjo en el proceso social, político y cultural de la España contemporánea. El 9 de febrero de 1956, a la altura de lo que es hoy el cine *Bulevar*, en la calle de Alberto Aguilera —que todavía entonces era un *bulevar*—, de Madrid, se encontraron dos manifestaciones de signo claramente contrapuestas: una, procedente de la calle de Víctor Pradera (ahora, otra vez, Juan Alvarez de Mendizábal), compuesta por falangistas pertenecientes, en su mayoría, a la llamada *Centuria 20* de la Guardia de Franco; otra, de estudiantes, que subía desde la glorieta de San Bernardo (hoy Ruiz Giménez). Antes de que se produjera el choque físico entre las dos concentraciones se oyeron unos disparos de armas cortas y dos jóvenes falangistas cayeron sobre el pa-

vimento, uno de ellos, Miguel Alvarez, herido de extrema gravedad en la cabeza. Según el parte médico, la bala había seguido una trayectoria de detrás adelante, penetrando de abajo arriba. Durante mucho tiempo, el joven falangista estuvo entre la vida y la muerte.

A consecuencia de aquel suceso se cerró la Universidad de Madrid y numerosos estudiantes y algunas personalidades liberales fueron detenidas. Inmediatamente, también, se desató una furiosa e histérica campaña contra los presuntos responsables de todo aquello. Como diría el semanario fascista *El Español*, «la conjura tiene nombres propios».

El estampido de las detonaciones de Alberto Aguilera cogió desprevenidos a la mayoría de los españoles y sirvió, entre otras cosas, para sacudir muchas conciencias adormecidas y sembrar de lógica alarma las filas de la pesada burocracia franquista, que veía —aún de manera hartamente confusa— ensombrecerse el horizonte de su seguridad, amenazada desde dentro mismo del Sistema. Uno de los aspectos del nuevo problema con el que el franquismo tenía que habérselas era, precisamente, la índole de las personas implicadas en esa «conjura con nombres propios», pues los tales nombres pertenecían en su casi totalidad a criaturas del Régimen: Ridruejo, Sánchez Mazas, Pradera, Laín Entralgo (Rector de la Universidad de Madrid), Ruiz Giménez (Ministro de Educación Nacional), cómplices, estos últimos, en unión de otros muchos, de la nueva conspiración comunista contra España.

A la altura de 1982 puede resultar bastante difícil para muchos hacerse una idea mínimamente precisa de lo que supusieron aquellos aconteci-

mientos en una España pobre y desaliñada, que intentaba todavía cubrir pudorosamente su desconsoladora intemperie cultural, económica, política y social. Madrid era entonces una ciudad de cielo claro y de frío duro, como la vida de la inmensa mayoría de sus habitantes. Probablemente, nunca como en aquellos años fue con más razón el «poblachón manchego» del que hablan algunas crónicas. Madrid tenía ruido de tranvías, viejos y renqueantes, olor a sardinas asadas y a cocido, mezclados con el de frituras de pescado barato. Salvo las de la calle de San Bernardo, la Casa del Libro, en Gran Vía; Fernando Fe, en Sol, y Buccholtz, en Recoletos, pocas librerías abrían sus puertas al atrevido o al *loco* que se aventuraba a leer y a preguntar por ciertos libros. El cine y el fútbol constituían las coordenadas fundamentales sobre las que discurrían las principales inquietudes culturales de la sociedad española.

España todavía era un país básicamente agrario y muchos sectores económicos aún no habían recuperado los índices de producción de los años 34 y 36. Los coeficientes de analfabetismo se mantenían en cotas abochornantes y la enseñanza, en su práctica totalidad, estaba severamente controlada por la Iglesia Católica. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que intelectuales y profesores no vinculados con el Nacional Catolicismo y el Opus Dei consiguieran introducirse en ese bastión de carundia retrógrada y revanchista que los vencedores de 1939 habían hecho de la Universidad española.

En 1956 hacía dos años escasos que el socialista Centeno había sucumbido a un «hábil interrogatorio» en los sótanos de la Dirección General de Seguridad; catorce o quin-